



ROGAD A DIOS EN CARIDAD  
POR EL ALMA DE

**D. Mario Díez Collado**

que descansó en el Señor, confortado  
con los Auxilios Espirituales,  
el 24 de marzo de 1966,  
a los 49 años de edad

— R. I. P. —

Su desconsolada esposa, doña María del Carmen Sotillo; hijos, Mario, María del Carmen, Álvaro, Borja y María Aránzazu; padre político, Ilmo. Sr. D. Ramón Sotillo; hermana, María del Rosario; hermanas políticas, doña Julia Sotillo y doña Encarnación Gómez Gómez; tíos, primos y resto de la familia doliente, participan tan sensible pérdida y suplican una oración por el eterno descanso del finado.

Misa de alma: Mañana, a las 8, en la Parroquia de San Diego.

Conducción del cadáver: A las 10.

Las misas Gregorianas se avisarán oportunamente.

Casa mortuoria: Alfareros, 16, pral. dcha.

Gráficas Pío Tello.



Después de cerrar la puerta, tras la última visita, Carmen recuesta levemente la nuca en la pared hasta notar el contacto frío de su superficie y parpadea varias veces como deslumbrada. Siente la mano derecha dolorida y los labios tumefactos de tanto besar.

Y como no encuentra mejor cosa que decir, repite lo mismo que lleva diciendo desde la mañana: «Aún me parece mentira, Valen, fíjate; me es imposible hacerme a la idea». Valen le toma delicadamente de la mano y la arrastra, precediéndola, sin que la otra oponga resistencia, pasillo adelante, hasta su habitación:

—Debes dormir un poco, Menchu. Me encanta verte tan entera y así, pero no te engañes, bobina, esto es completamente artificial. Pasa siempre. Los nervios no te dejan parar. Verás mañana.

Carmen se sienta en el borde de la gran cama y se descalza dócilmente, empujando el zapato del pie derecho con la punta del pie izquierdo y a la inversa. Valentina la ayuda a tenderse y, luego, dobla un triángulo de colcha de manera que la cubra medio cuerpo, de la cintura a los pies. Dice Carmen antes de cerrar los ojos, súbitamente recelosa:

—Dormir, no, Valen, no quiero dormir; tengo que estar con él. Es la última noche. Tú lo sabes.

Valentina se muestra complaciente. Tanto su voz —el

contenido y el volumen de su voz— como sus movimientos, recatan una eficacia inefable:

—No duermas si no quieres, pero relájate. Debes relajarte. Debes intentarlo por lo menos —mira el reloj—. Vicente no puede tardar.

Carmen se estira bajo la blanca colcha, cierra los ojos y, por si fuera insuficiente, se los protege con el antebrazo derecho desnudo, muy blanco, en contraste con la negra manga del jersey que la cubre hasta el codo. Dice:

—Me parece que hace un siglo desde que te llamé esta mañana. ¡Dios mío, qué de cosas han pasado! Y todavía me parece mentira, fíjate; me es imposible hacerme a la idea.

Aun con los ojos cerrados y preservados por el antebrazo, Carmen sigue viendo desfilar rostros inexpresivos como palos cuando no deliberadamente contristados: «Lo dicho»; «Mucha resignación»; «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan»; «¿A qué hora es mañana la conducción?» Y ella: «Gracias, Fulano», o «Gracias, Mengana» y ante las visitas eminentes: «¡Cuánto le hubiera alegrado al pobre Mario verle por aquí!» La gente nunca era la misma pero la densidad no decrecía. Era como el caudal de un río. Al principio, todo resultó burdamente convencional. Caras largas y silencios insidiosos. Fue Armando quien quebró la tirantez con su chiste: el de las monjitas. Él había creído que ella no le oía, pero Carmen le oyó, e independientemente de ella, Moyano, desde su palidez lechosa, con el rostro enmarcado por una negra y sedosa barba rabínica, le censuró con una acre mirada muda. Pero ya nada volvió a ser tan tenso como antes. Las barbas de Moyano y su palidez de muerto hacían bien en el velatorio. En cambio el mechón albino de Valen detonaba. «Cuando me lo dijeron no podía creerlo. Si le vi ayer.» Carmen se inclinaba y la besaba en las dos mejillas. En realidad, no se besaban, cruzaban estudiadamente las cabezas, primero del lado izquierdo, luego del

derecho, y besaban al aire, tal vez a algún cabello desmandado, de forma que una y otra sintieran los chasquidos de los besos pero no su efusión. «Pero si yo misma. Anoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas. Y esta mañana, ya ves. ¿Cómo me iba a imaginar una cosa así?» Las barbas de Moyano cuadraban perfectamente con el ambiente. Y su tez cerúlea, demacrada, de hombre estudioso. Era lo único que Carmen podía agradecerle. «¿Te importa que pase a verlo?» «Al contrario, mujer.» «Lo dicho, Carmen.» Y las dos mujeres cruzaban las cabezas, primero del lado izquierdo, luego, del lado derecho, y besaban, al aire, al vacío, tal vez a algún cabello suelto, de manera que ambas sintieran el efluvio de los besos pero no su calor. «Nunca vi un muerto semejante, te lo prometo. No ha perdido siquiera el color.» Y Carmen experimentaba una oronda vanidad de muerto, como si lo hubiese fabricado con las propias manos. Como Mario, ninguno; era su muerto; ella misma lo había manufacturado. Pero Valen se resistía: «Prefiero recordarle vivo, ya ves». «Te advierto que no impone lo más mínimo.» «Aunque así sea.» Y lo mismo Menchu, pero ella era su hija y no tenía otro remedio. Al regresar del Colegio, ayudada por la Doro, la había obligado a entrar y la había forzado a abrir los párpados que ella se obstinaba en cerrar. «Mujer, déjala, si es aún una niña.» «Es su hija y va ahora mismo porque se lo mando yo.» Una histérica. Menchu se había comportado como una histérica.

—Cría cuervos.

—Déjalo, Menchu; relájate, anda; haz lo posible por relajarte. No pienses en nada ahora.

La mayor parte eran bultos oscuros con unos ojos abultados, miméticos. Les unía una difusa responsabilidad, un sentimentalismo acomodaticio y un goloso afán por apresarla —a ella, a Carmen— con los dedos o con los labios. Llegaban perplejos con ganas de despachar

pronto: «Cuando me lo dijeron no podía creerlo, si le vi ayer». «Pobre Mario, ¡tan joven!» El mechón albino de Valentina detonaba como un trallazo. También detonaban los libros, tras el féretro, con sus lomos brillantes, rojos, verdes, amarillos. Cuando los muchachos de Carón se fueron, ella los estuvo volviendo uno a uno, pacientemente, todos los de cubiertas chillonas que sobresalían del crespón negro. Al concluir, se sintió extrañamente complacida y con los dedos llenos de polvo.

«Lo dicho»; «Salud para encomendarle a Dios». Después de todo hizo bien en mandar a Bertrán a la cocina. Un bedel no debe estar nunca donde estén los catedráticos. Y luego, la escena. Antonio había pasado un mal trago por su culpa. ¿Por qué asistirían los sordos a estas cosas? Antonio tan sólo dijo: «Se mueren los buenos y quedamos los malos», y, en realidad, no lo dijo; lo musitó, pero Bertrán dijo: «¿Cómo dice?», y Antonio lo repitió otra vez, quedamente, mirando antes, suspicazmente, a los lados, y Bertrán levantó los hombros y la voz y dijo: «si no le entiendo» y ponía por testigos a la concurrencia y Antonio miraba al cadáver y, luego, al acompañamiento, pero lo dijo otra vez y otra, alzando progresivamente la voz, mientras en los grupos se iba haciendo el silencio, de tal forma que cuando chilló, «¡que quedamos los malos y se mueren los buenos!» y Bertrán respondió: «¡Ah, no le entendía, perdone!», todo el mundo se dio por enterado.

Unos grupos llegaban y otros marchaban. Les unía un difuso sentimiento de responsabilidad y unas pupilas hipócritas, estudiadamente atormentadas. Fue Bene, la mujer de Antonio, quien dijo, aprovechando un afectado silencio y tras un suspiro tan prolongado que pareció que se deshinchaba: «El corazón es muy traicionero, ya se sabe». Y fue como una liberación. Los ojos fueron perdiendo su expresión atormentada y, poco a poco, los rostros se fueron redondeando. Se había hallado un culpa-

ble. Pero ella solamente le dijo a Bertrán: «Bertrán, pase usted a la cocina; aquí no podemos ni rebullirnos».

—No puedes hacerte idea de cómo estaba la cocina, Valen. Un jubileo. Mario tenía entre la gente un poco así mucho cartel, desde luego.

—Sí, mona; ahora calla. No pienses en nada. Procura relajarte, te lo pido por favor.

—Me parece que hace un siglo desde que te llamé esta mañana, Valen.

La llamó a poco de descubrirlo. Y Valen acudió en seguida. Fue la primera. Carmen se había desahogado con ella durante hora y media. *Era tarde para su costumbre, pero al abrir las contraventanas aún pensé que pudiera estar dormido. Me chocó su postura, sinceramente, porque Mario solía dormir de lado y con las piernas encogidas, que le sobraba la mitad de la cama, de larga, claro, que de ancha, a mí cohibida, imagina, pero él se hacía un ovillo, dice que de siempre, desde chiquitín, desde que tenía uso de razón, ya ves, pero esta mañana estaba boca arriba, normal, desde luego, sin inmutarse, que Luis dice que cuando da el ataque, instintivamente notan que se ahogan y se vuelven, por lo visto buscando aire, que yo me lo figuro como los peces cuando los sacas del agua, una cosa así, esas boqueadas, ¿comprendes?, pero de color y eso, como si nada, enteramente normal, ni de rígido, igualito que dormido...* Pero cuando le tocó en el hombro y dijo «vamos, Mario, se te va a hacer tarde», Carmen retiró la mano como si se hubiese quemado. «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» «¿A qué hora es mañana la conducción?» «Pero si yo misma. Anoche cenó como si tal cosa y leyó hasta las tantas... Y esta mañana, ya ves, ¿quién me iba a decir a mí una cosa así?» Y se lo preguntó a Valen (que con Valen tenía confianza): «¿Tú sabes, Valen, si Mario tiene el ilustrísimo señor? No es por vanidad mal entendida, entiéndeme, figúrate en estos momentos, pero por la esquila, ¿comprendes?, que una esquila así, sin tratamiento, a palo seco, parece

como desairada». Valentina no respondía. «¿Me oyes?» Se hizo la ilusión de que Valen lloraba. «Pues no lo sé, fijate —respondió Valen de repente—, me dejás pegada. Espera un segundo que le pregunto a Vicente.» Carmen oyó el golpe del auricular y los pasitos rítmicos de Valen, cada vez más imprecisos y fugaces, por el pasillo. Y al cabo: «Vicente dice que no, que el ilustrísimo es sólo para los directores. Lo siento, mona».

Eran bultos obstinados, lamigosos, que se aferraban a su mano como ventosas o la forzaban a inclinarse, primero del lado izquierdo, luego, del lado derecho. «No sabes qué impresión me ha hecho; no he podido comer. Ángel me decía: “Come, mujer, con eso no arreglas nada”.» *Pero los hijos no dan más que disgustos desde que se abren paso, desgarrándola a una, vientre abajo; cría cuervos. Ya ves Mario, ni una lágrima. Ni luto por su padre, ¿quieres más?* «Déjame, mamá, por favor, a mí eso no me consuela. Eso son convencionalismos estúpidos, conmigo no cuentes.» Media hora en el servicio llorando. *Es como el suéter este, Valen, no me digas, es de cuando el luto de la pobre mamá que en paz descanse. Pero estoy hecha una facha, me ha quedado chico y lo peor es que, de momento, no tengo otro.* El suéter negro de Carmen clareaba en las puntas de los senos debido a la turgencia. En puridad, los pechos de Carmen, aun revestidos de negro, eran excesivamente pugnaces para ser luto. En el subconsciente de Carmen aleteaba la sospecha de que todo lo estridente, coloreado o agresivo resultaba inadecuado para la circunstancia. *Yo le hubiera hecho con gusto el boca a boca, no hubiera tenido el menor reparo, que otras dicen que qué asco, yo no, que todo menos dejarle irse así, fijate, pero si te digo mi verdad no lo he visto más que una vez en el NO-DO y no me atreví, porque son de esas cosas, ya sabes, que ni prestas atención, como quien ve a los bomberos, a mí plin, eso conmigo no reza, no sé cómo decirte, lo último que se te ocurre.* «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» «No es porque yo lo diga pero en



la vida había estado enfermo. «No me choca nada lo de Mario, Menchu; eran uña y carne.» Valentina se echó a reír: «¿Has probado de ponerte una combi y un sujetador negro?» Así era otra cosa. El suéter seguía siendo chico y los senos grandes, pero el entramado de la lana no transparentaba. *La poitrine ha sido mi gran defecto. Siempre tuve un poco de más, para mi gusto.* Valentina y Esther no se separaban de su lado. Esther no despegababa los labios, pero acechaba sus momentos de flaqueza. Valentina, de cuando en cuando, le besaba la mejilla izquierda: «Menchu, mona, no sabes el gusto que me da verte tan entera». Para acabar de arreglarlo, Borja volvió del colegio dando voces: «¡Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio!» Le había golpeado despiadadamente, hasta que la mano empezó a dolerle. «Deje, señorita, la criatura ni se da cuenta; le va a lastimar.» Pero ella golpeaba sin duelo, a ciegas. Luego los bultos que llegaban, con dos ojos redondos, atónitos, la oprimían la misma mano hinchada y dolorida, o cruzaban con ella sus cabezas, primero del lado izquierdo, y luego del derecho, y decían: «Me he enterado de verdadero milagro»; «Cuando me lo dijeron no podía creerlo»; «Ángel me decía: “Come; con no comer no arreglas nada”». Pero a Mario no le besaban ni le estrujaban la mano. Sus amigos ocultaban el rostro turbadamente contra su hombro y le golpeaban frenéticamente la espalda con la mano derecha como si pretendieran sacudirle el polvo a su suéter azul. «No me choca nada; eran uña y carne. ¡Pobre Mario!» «¿El padre o el hijo?» No sabía ya lo que decía. «Los dos. Bien pensado, los dos.» Era su muerto; ella lo había manufacturado. Le rasuró con la maquinilla eléctrica y le peinó antes de que los muchachos de Carón lo encerraran en el estuche. «No está descolorido ni nada. No parece un muerto. Nunca vi cosa semejante, ¿verdad, tú? Y mire que nosotros tenemos costumbre.» «Lo dicho.» Inclínaba la cabeza, primero del lado izquierdo

y, luego, del lado derecho y succionaba al aire, al vacío, de forma que la otra sintiera el estallido del beso pero no su efusión. «No me diga que a nuestro señor le va usted a dejar de calle, como un día cualquiera.» «¿Por qué no, Doró?» La Doró se santiguó: «No me diga y con zapatos de color. Eso ni el pobre más pobre». Carmen la envió a la cocina. No tenía por qué darle explicaciones a una criada. A Bertrán le dijo: «Pase usted a la cocina, Bertrán; aquí no podemos ni rebullirnos». Bertrán, al llegar, con sus miopes, lacrimosos ojos planos le había dicho: «No era bueno; era un hombre cabal, que es distinto. Don Mario era un hombre cabal y hombres cabales entran pocos en kilo. ¿Usted me comprende, señora?» Le rechazó enérgicamente porque trataba de besaba o poco menos. Carmen rasuró a Mario con la maquinilla eléctrica, le lavó, le peinó y le vistió el traje gris oscuro, el mismo con el que había dado la conferencia el Día de la Caridad, abriéndolo un poco por los costados, pues aunque el cadáver flexionaba bien, pesaba demasiado para ella sola. Luego le colocó la corbata listada, en negro y marrón, con la rayita roja, pero no quedó a gusto porque el nudo resultaba demasiado blando. Finalmente los chicos de Carón lo encerraron en el féretro y lo condujeron al despacho que ya no era el despacho de Mario sino su cámara mortuoria. Y Mario dijo: «¿Por qué ahora?» Pero cuando llegó precipitadamente de la Universidad ya se lo imaginaba todo. Tal vez Bertrán. Las cejas casi le cubrían los ojos y le daban una apariencia cavilosa y sombría, como si el peso del cerebro supusiera una carga insufrible y aplastase los arcos de las cejas sobre sus facciones, achatándolas. *Pero él ya se lo tenía bien tragado, imagina, en la vida le habíamos mandado llamar, que yo sólo le dije: «papá», y él quieto, callado, que a veces me asusta Mario, Valen, que es un chico que se controla de más para la edad que tiene, y no es decir que yo no admire la entereza, qué va, pero a los sentimientos también hay que darles su parte, que luego eso sale y es*

*peor, pero él como si nada, como una estatua, igual, que yo le dije: «de repente. Ni se ha despertado. Luis dice que un infarto», y no me pude contener y me eché a llorar y le abracé, pero no te puedes imaginar qué sufrimiento, Valen, porque durante varios minutos era como si abrazase a un árbol o a una roca, ídem de lienzo, que él sólo decía, ya ves qué salida: «¿por qué ahora?», pero de lágrimas, nada, cero al cociente, ya ves, un padre, cosa más natural, pues nada, como lo estás oyendo.*

—Cría cuervos.

—Calla; ahora descansa.

Pío Tello se había conmovido. *Mario, desde luego, tenía un gran cartel entre la gente baja. La pena fue lo del ilustrísimo señor. Parece que no, pero un encabezamiento así, total dos palabras, viste a una esquela, Valen, no digas. «Lo dicho.» «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan.» «Cuando me lo dijeron no podía creerlo, te lo prometo.» «Pero si yo misma...» Encarna la desbancó. La irrupción de Encarna fue un acto bárbaro y sin sentido. «Lo dicho.» «Gracias, mona.» Carmen se inclinaba y ambas cruzaban sus cabezas, primero del lado izquierdo; luego del lado derecho, y una y otra notaban los leves estallidos de los besos convencionales pero no su calor. Instintivamente ella aborrecía las esquelas funerarias, *que yo no pensaba ponerla en el portal, entiéndeme, que me horrorizan, que me parece de un gusto pésimo, pero ya ves, a la hora que ha sido, a la fuerza ahorcan, el caso es que la gente se entere, porque por él, ya lo sé, qué me vas a decir a mí, como un perro, bueno era, pero hay que guardar las apariencias, Valen, porque con que mañana salga El Correo, con que el entierro es a las diez, no vas a adelantar nada, que muchos que van deprisa y corriendo a la oficina, ni enterarse, tenlo por seguro, total que le encargué media docena, una para aquí, otra en el Instituto, en El Correo y algún otro sitio, eso sin perjuicio de que lo anuncie la emisora después del «Diario Hablado».**

Carmen sabía positivamente que el rescate de las últimas horas de Mario dependía de ella. El libro yacía allí,

sobre la mesilla de noche y, bajo sus tapas, los últimos pensamientos de Mario, como enlatados. Cuando lograrse liberarse de aquellos bultos pegajosos, Carmen se reuniría con él. Encarna constituía el obstáculo principal, pero Charo se la había llevado. Charo no aportó por allí hasta que los pequeños regresaron del Colegio. Había ido a buscarles. Borja llegó gritando: «¡Yo quiero que se muera papá todos los días para no ir al colegio!». Le dolía la mano. Carmen no sabía si por la paliza o por los insistentes apretones de los bultos despiadados. Tenía los labios tumefactos de tanto besar. «Lo dicho.» «¿Quién iba a figurarse una cosa así?» «¿A qué hora es mañana la conducción?» Pero Encarna, no. Encarna no había cambiado. Penetró como un torbellino, braceando entre los asistentes. Y voceaba: «Dios mío, que éste también se me ha ido. ¡Éste también!». Y los grupos oscuros se aplastaban y miraban y cuchicheaban y Encarna ponía a todos por testigos de su soledad. Como una loca. «Una mirada demencial», había dicho Antonio. Y, luego, cuando se arrodilló, exclamó: «¿Qué he hecho yo, Señor, para merecer este castigo?». Y los grupos se abrían y se cerraban, se plegaban y se desplegaban. Cuchicheaban: «¿Quién es?». Y el sentimentalismo acomodaticio de las pupilas se trocaba ahora en avidez, se empinaban para verlo mejor, les fascinaba el espectáculo. Pero de nada valieron las razones. «Para Don Mario, ni hablar.» Carmen insistía: «¿Cómo no voy a pagarle las esquelas?» «No porfíe, señora, don Mario defendió a los pobres sin hacerse rico, y esto, desengáñese, tiene un valor.» Ella cedió, aunque sabía que a Pío Tello no le iban bien las cosas, en el húmedo sótano, con el viejo chivalete de *El Correo*, componiendo a mano esquelas y pasquines. «No le hubo más bueno que nuestro señor y ¡mírele ahí...!» Carmen la había cortado en seco: «No quiero escenas, Doro, ¡guárdese las lágrimas para mejor ocasión!». Resulta inmoral que le llorasen las criadas y los cajistas y no le llorasen sus hijos:

«¡No quiero escenas, Doro! ¿Es que no me oye?». Y la Doro se retiró a la cocina sonándose ruidosamente y secándose los ojos. El rumor crecía como el del mar cuando se embravece. Las conversaciones se entrecruzaban y el humo de los cigarros les sumergía en un ambiente viciado. «Hace calor.» «¿Les parece que abramos un poco?» «La atmósfera está muy cargada.» «No le había mejor.» «Abra.» «Así, que no se forme corriente.» «Es muy mala la corriente.» «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» «Yo le tengo miedo a la corriente.» «Pues a mi padre, ya ve, una corriente, no hubo más, que no es porque yo lo diga pero en la vida había estado enfermo.» «Lo dicho.» «Salud para encomendar su alma, doña Carmen.» Carmen se inclinaba, primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho, fruncía los labios y dejaba volar el beso, de manera que la otra sintiera su breve estallido pero no su efusión. *Yo pienso que la hice daño, pero no lo siento, ¿tú crees, Valen, con la mano en el corazón, que una hija puede dejar marchar así a su padre, sin despedirse siquiera? Porque ella no hacía más que chillar, como una histérica, lo mismo, ¡por favor, que me horroriza, dejadme!, pero la Doro y yo, con todas nuestras fuerzas, que la hicimos abrir los ojos y todo, estaría bueno, que algún día me lo agradecerá.*

Carmen no sabía si rezaba o qué. Permanecía inmóvil, levemente encorvado, al pie de la caja y miraba a su padre con un implorante gesto de conmiseración. Fue Aróstegui quien dijo: «Era un hombre bueno» y, entonces, don Nicolás se volvió súbitamente hacia él: «Bueno ¿para quién?». Y Moyano, entre sus sucias barbas, murmuró: «No es un muerto; es un ahogado». Don Nicolás reparó en ella: «Disculpe, Carmen, ¿estaba usted ahí?». Pero ella no dijo nada porque aquellos hombres hablaban en clave y no les comprendía, ni Mario, en vida, se tomó la molestia de explicarle su lenguaje. «¿Le importa volver un poco la ventana?» «Así, gracias.» «Ya se co-

noce el relente.» «Ayer hacía frío.» «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan.» «La atmósfera está muy cargada.» Cuando me lo dijeron no podía creerlo, si le vi ayer. » «Pero si yo misma...» A Pío Tello le dijo: «Tome nota. ¿Ya? Rogad a Dios en caridad...». Por un momento Carmen tuvo la debilidad de sentirse protagonista y pensó: «por doña Carmen Sotillo», pero se rehízo a tiempo: «¿Sigo?» Pío dijo: «¿Es que no tenía don Mario tratamiento?». «No, ya ve. Sólo los directores.» La voz del auricular sonaba irritada: «Otros con menos merecimientos los tienen». «Ya ve, las cosas, ¿qué quiere que yo le haga?» Pío Tello anotaba lentamente. Al terminar, Carmen insistió: «Una orla bien negra, Pío, por favor». «Descuide.» Tan sólo el sentimiento fanático del luto y el libro sobre la mesilla de noche la ligaban ahora a Mario. ¡Ah! y su cadáver. «No está descolorido. Si usted no lo dice, no me creo que esté muerto, se lo juro por mi madre.» «¿Le importa volver un poco más la ventana?» «Hace verdadero frío.» «Así, gracias.»

—¿Está ahí el libro, Valen?

—¡Chist! Aquí está. No te preocupes, bobina. Ahora relájate, anda, te lo pido por lo que más quieras. Nadie te lo va a quitar.

Valentina se incorpora, le pone una mano en la nuca y le ayuda a tenderse de nuevo; luego, le cubre con la colcha blanca suavemente. Permanece de pie, Valentina, y observa en derredor, los lacios grabados de flores, el crucifijo sobre la cama y, a sus pies, la raída alfombra llena de huellas del tiempo, cubriendo un rectángulo de entarimado. Avanza despacio, silenciosamente por ella y se analiza, a la media luz de la habitación, en la luna del armario, primero de frente, luego de perfil, palpándose por tres veces el vientre levísimamente combado. Sus labios dibujan un gesto de desagrado. Al volverse, sus ojos tropiezan de nuevo con el libro, el tubo de Nasopit, el frasco de Sedanil, el pequeño manojito de llaves, el monedero

y el viejo despertador. Suspira imperceptiblemente. Carmen ha vuelto a cubrirse los ojos con el antebrazo blanquísimo. Se sienta de nuevo.

—¿Estás ahí, Valen?

—Sí, mona, descuida, no me moveré de tu lado, te lo prometo, pero ahora relájate. Haz un esfuerzo, anda.

La Doro, con los párpados y la nariz enrojecidos, denegaba obstinadamente: «¿Ni plástico ni nada le va a poner usted a nuestro señor?» «¡Huy madre, así parece cualquier cosa! En mi pueblo ni el más pobre, como lo oye. Y, ya ve, a don Porfirio, el Amo, le disfrazaron de franciscano.» Carmen se enfureció con ella. Tenía por principio no aceptar lecciones de las criadas. *Todavía me parece mentira, fíjate; me es imposible hacerme a la idea.* «Me da gusto, Menchu, verte tan entera.» Lo de Mario era excesivo. ¿Cómo casar la orla negra de seis cíceros de Pío Tello con su suéter azul? Los amigos se escondían en un hombro y se palmeaban la espalda sin miramientos, como si quisieran sacarle el polvo a su suéter azul. «Cierre del todo. Es mejor que cierre del todo.» «Hace frío.» «Es muy mala la corriente.» «Así, gracias.» «El corazón es muy traicionero, ya se sabe.» «Lo dicho.» «Una orla bien negra, Pío, por favor.» Y no es que la agradasen las esquelas pero de perdidos, al río. *Y se me quedó plantado, delante, como haciéndome cara, te lo juro, que me asustó, «¿quién ha vuelto los libros?», «pues yo», le dije, y él dijo: «los libros eran él», ya ves qué salida, que así, tan llamativos, con esas pastas, no son luto ni cosa parecida, porque tú ya sabes, Valen, cómo hacen ahora los libros, que parecen cualquier cosa, cajas de bombones o algo así, que dan más ganas de comerlos que de leerlos, ésta es la verdad, que vivimos la época de los envases, hija, no me digas, que en todas las cosas vale más lo de fuera que lo de dentro, que es una engañifa y una vergüenza, figúrate en un caso así, tú dirás, con un muerto en casa y todo rodeado de colorines, al demonio se le ocurre, que yo, ya me conoces, tuve la santa paciencia de vol-*

*ver libro por libro, menos mal que los paños negros tapaban la mayoría, que si no, la mañana entera, como lo oyes, menuda trabajina, si no se ve no se cree. Y hay que ver las manos que me puse, la porquería que almacenan, para eso es para lo que sirven los libros, como yo digo, que lo que siento es no haberme dado cuenta a tiempo, que si me ayudan los chicos de la funeraria, figúrate, en un santiamén, claro que qué vas a pedir a esa gente, ni enterarse, a ver, natural, de detalles, cero, ellos atienden su oficio y adiós muy buenas, si te he visto no me acuerdo. «En la vida he visto un muerto así, se lo aseguro. Pero si ni siquiera ha perdido el color!» «¿No quieres pasar a verle, Valen? Te advierto que no impone nada.» «De veras que no, bobina. Prefiero guardar un recuerdo de Mario vivo.»*

Los bultos llegaban y salían. El desagüe era permanente; una renovación higiénica. «No se puede parar del humo.» «Podían guardar un poco más de respeto.» «Lo dicho.» Carmen se inclinaba, primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho y besuqueaba sin el menor fervor, rutinariamente. «Gracias, mona, te lo agradezco en el alma.» Los bultos traían unos ojos desorbitados, enloquecidos, pero cuando algún otro bulto, sentado, suspiraba ruidosamente y murmuraba: «El corazón es muy traicionero, ya se sabe», los bultos recién llegados y sus ojos se serenaban y se uniformaban con los bultos y los ojos que rodeaban el cadáver. Pero a pesar del buen color —Mario es el muerto más saludable que fabricaron manos humanas— Mario no era Mario. Carmen lo había advertido después de asearle. No se parecía. Ella vacilaba. El muerto era un muerto notable, conforme, incluso más grueso, pero no era Mario. Repentinamente, como si alguien, compadecido, la hubiera depositado en su cabeza, le había asaltado la idea: ¡Las gafas! Carmen fue a por ellas y se las puso. Entonces advirtió la rígida palidez de las orejas. Complacida aún por la lucidez de su idea, se alejó cuatro pasos buscando una perspectiva favora-



ble. Pero no. La Doro caminaba tras ella como un perro humillado: «O le abre los ojos o le quita las gafas a nuestro señor. ¿Quiere decirme para qué van a servirle con los ojos cerrados?» Los bultos se empinaban y erguían los pescuezos: «¡Mírame, Mario! ¡Estoy sola! ¡Otra vez sola! ¡Toda la vida sola! ¿Te das cuenta? ¿Qué es lo que he hecho yo, Señor, para merecer este castigo?» Y los grupos bullían y cuchicheaban: «¿Quién es?»; «Menuda»; «Lo mismo es la querindonga»; «Por lo visto es su cuñada»; «No sé, no sé». Encarna estaba arrodillada y, a cada frase, vaciaba de aire sus pulmones. «Cierre del todo, casi es preferible.» «¡Madre, qué voces!» Carmen no sabía qué hacer. «Así, gracias.» Vacilaba: «¡Qué humareda!» Le quitó las gafas. «Tal vez tengas razón, hija. No se parece.» Mario ya no estaba allí. Estaba en el libro y en el suéter negro que reventaban sus pechos agresivos, *no me digas, Valen, estos pechos míos son un descaro, no son pechos de viuda, ¿a que no?, y en la orla negra de la escuela de Pío Tello y quizá en la iglesia, ni tiempo de confesarse tuvo, ¡fíjate qué horror!* Antonio, el director, se adelantó del grupo y tomó a Encarna por las axilas. Ella se retorció. Forcejearon. «Ayúdenme. Hay que sacarla de aquí. Esta mujer está muy afectada.» *Figúrate ¡qué bochorno! ¡Ni que fuera ella la viuda! Que Encarna desde que murió Elviro andaba tras él, eso no hay quien me lo saque de la cabeza.* Al fin se la llevaron. Luis marchó con ella y Esther le ayudó a ponerle una inyección. Luego pidieron un taxi por teléfono y se fueron a casa de Charo. Vicente marchó con ellos. Poco a poco, Carmen volvía a sentirse viuda. «Lo dicho.» «Cuídate, Carmen, los pequeños te necesitan.» «Abra siquiera una rendijita; aquí no se puede ni respirar.» Los bultos entraban y salían. Carmen estrechaba manos fofas y manos nerviosas. Se inclinaba primero del lado izquierdo y, luego, del lado derecho y besaba al aire, al vacío, al buen tuntún. «Gracias, querida, no sabes cuantísimo te lo agradezco.»

—¿No han llamado?

Valentina posa una mano sobre las manos de Carmen, que están frías y cruzadas sobre el regazo, agitadas de movimientos nerviosos:

—No te preocupes, bobina. Yo te avisaré. Ahora descansa. Relájate. Procura relajarte. Vicente aún no ha vuelto.

Luis permaneció cerca de un cuarto de hora encerrado con él. *Yo como si le estuviera confesando, y para mí que le estuvo haciendo el boca a boca, tú me diras, tanto tiempo, que inclusive llegué a tener ciertas esperanzas, que me decía, «lo mismo no está muerto», bobadas, figúrate.* «No me parece un muerto. Talmente está como dormido. Ni siquiera le ha bajado el color.» Pero, al cabo, salió Luis y dijo: «Un infarto. Debe haber ocurrido sobre las cinco de la madrugada. Es raro en un temperamento asténico como el de Mario», *me parece que dijo asténico, ¿eh?, no me hagas mucho caso, que ya sabes que yo para eso de las palabras soy un desastre, pero, hija, Luis con los ojos rojos, como de haber llorado, que me emocionó, a ver, dime tú si no es agradecer una cosa así, que los médicos, por regla general, ni sienten ni padecen, como suele decirse, están acostumbrados.* «¿Le importa volver un poco la ventana?» «Salud para encomendar su alma, doña Carmen.» «Ya se nota el relente.» «Así, gracias.» «Lo dicho.» «Señora, un telegrama.» Carmen notó afluir el agua a la ternilla de la nariz. Rasgó nerviosamente con el dedo uno de los dobleces y, al leer el texto, sollozó. Valentina la besó en la mejilla, directa, efusivamente, de forma que ella sintiera el estallido del beso y también su calor: «Sé valiente. No te vayas a derrumbar ahora». Carmen le tendió el papel azul: «Es de papá. ¡Pobre, que rato estará pasando! No lo quiero ni pensar». Los bultos, con los ojos ya más sosegados, iban marchando, pero aún quedaban algunos aferrados al ataúd como las moscas al papel matamoscas. «Lo dicho.» «¿A qué hora es mañana la conducción?»

«Salud para encomendarle.» «¿Le importa abrir un poco la ventana?; aquí no se puede parar.» Humo y murmullos. «¡Otra vez sola! ¡Toda la vida sola! ¿Qué es lo que he hecho yo para merecer este castigo?» «Eso son convencionalismos, mamá; conmigo no cuentes.» «Tome nota: “Rogad a Dios en caridad...”» ¿Por Carmen Sotillo? *Todavía me parece mentira, Valen, fíjate; me es imposible hacerme a la idea.* «Lo dicho.» Carmen se inclinaba, primero al lado izquierdo, luego al lado derecho. Le dolían los labios y las mejillas de tanto besar. También le dolían los cantos de la mano derecha. Casi no podía reprimir un estremecimiento cada vez que se la estrechaban. Aunque siempre le repugnaron las manos fofas, ahora las agradecía, se entregaba a ellas con envilecedora fruición, como en adulterio. «¿Le importa volver un poco la ventana?» *Para mí que le estuvo haciendo el boca a boca, tú dirás.* «Así, gracias. Me he agarrado un catarro que para qué.» «Se mueren los buenos y quedamos los malos.» «Bueno, ¿para quién?» «No es un muerto; es un ahogado.» *Con los ojos rojos, como de haber llorado, que me emocionó, a ver, dime tú si no es de agradecer una cosa así.* «A don Porfirio, el Amo, le disfrazaron de franciscano, ya ve», *instintivamente notan que se ahogan y se vuelven...* «Lo dicho.» «Menchu, mona, qué gusto me da verte tan entera.» «Te prometo que no impone nada», *ni luto por su padre, ¿quieres más?* «Salud para encomendar su alma...» *Los libros en definitiva no sirven más que para almacenar polvo.* «Está muy cargada la atmósfera aquí.» «¿Le importa...?» *Digo que los médicos, por regla general ni sienten ni padecen, como suele decirse...* «Lo dicho...» *que yo me figuro como los peces cuando los sacan del agua....* «Salud para encomendar su alma...»

Carmen se incorpora de golpe, tan violentamente que Valentina se asusta:

—Ahora sí que han llamado, no digas que no, Valen, lo he oído perfectamente.

—Bueno, mujer, ten calma. Será Vicente. Enseguida te vamos a dejar sola. No te alteres.

Carmen baja las piernas de la cama y al hacerlo se la recogen las faldas, y muestra unas rodillas demasiado redondas y acolchadas. Tantea con los pies sin agacharse y se calza los zapatos. Luego se atusa la cabeza, introduciendo los dedos de ambas manos abiertos entre los cabellos, ahuecándolos. Al concluir, se estira el suéter bajo las axilas, primero del lado izquierdo; luego, del derecho. Menea la cabeza enérgicamente, denegando:

—No tengo pechos de viuda, ¿verdad que no, Valen? —dice desalentada—. No me engañes.

Del recibidor llega un murmullo amortiguado de voces varoniles. Valentina se pone de pie:

—Mujer, no seas pesada —se vuelve hacia la mesilla de noche, hacia el libro y el tubo de Nasopit y el frasco de Sedanil y añade—: ¿Puedes decirme qué significa esta farmacia?

Carmen sonrío evasivamente:

—Mario. Ya le conocías —dice—. Muy bueno pero lleno de complejos. Si no se tomaba una píldora y se embadurnaba las narices, como yo digo, una y otra vez, no se dormía. Manías. Con decirte, que no te lo querrás creer, que una noche se levantó a las tres de la madrugada a buscar una farmacia de guardia, está dicho todo.

Valentina alza de golpe la cabeza con lo que la ráfaga albina de su cabello destella un momento como una estrella fugaz. Sonríe a su vez:

—Pobre —dice—. Mario era un hombre de lo más original.

Carmen se ha incorporado y se observa en espejo. Se tira por dos veces, con rabia, del suéter bajo las axilas, primero del lado izquierdo; luego, del derecho:

—Estoy hecha una facha —murmura—. Con sujetador negro o con sujetador blanco estos pechos míos no son luto ni cosa que se le parezca

Valentina no la escucha. Ha tomado el libro de la mesilla de noche y lo está hojeando:

—La Biblia —dice—. No me digas que también Mario leía la Biblia —reinicia su sonrisa y lee en voz alta—: «Marchad con paso firme por el recto camino: a fin de que alguno por andar claudicando en la fe no se descamine de ella, sino antes bien se corrija».

Carmen la observa con la cabeza gacha, como si asistiese a una inspección humillante. De vez en cuando, en un movimiento mecánico, se estira con los dedos el jersey negro por debajo de los pechos. Cuando habla, lo hace como excusándose:

—Él decía que la Biblia le fecundaba y le serenaba.

Valentina lanza una risita:

—¿Eso decía? ¡Qué divertido! Fecundarle, nunca oí una cosa tan graciosa, Menchu, te lo prometo. ¿Y los subrayados?

Carmen carraspea; se siente cada vez más empequeñecida. Agrega:

—Manías. Mario leía sobre leído, sólo lo señalado, ¿comprendes? Yo ahora —se le ablandan los ojos pero, paradójicamente, su voz se va afirmando— cogeré el libro y será como volver a estar con él. Son sus últimas horas, ¿te das cuenta?

Valentina cierra el libro de golpe y se lo entrega a Carmen. El murmullo de voces crece en el vestíbulo. De improviso, cesa y, tras unos segundos de silencio, se oyen unos discretos golpecitos en la puerta de la habitación.

—Ya va —dice Carmen. E, instintivamente, se estira el suéter bajo los sobacos.

Se oye la voz de Mario:

—Es Vicente.

—Voy —dice Valentina—. Ya voy. —Se aproxima a Carmen y la toma por la cintura—: ¿De veras, bobina, que no quieres que me quede contigo?

—De veras, Valen, prefiero estar sola, si no te lo diría igual, ya me conoces.

Valentina se inclina, y ambas cruzan las cabezas, primero del lado izquierdo, luego, del lado derecho y besan con indolencia al aire, a la nada, de forma que una y otra sientan los estallidos de los besos pero no su calor.

En el pequeño vestíbulo, Vicente espera con el gabán puesto. Mario está a su lado, enfundado en un suéter azul. Carmen ayuda a Valentina a ponerse el abrigo y, luego, entre las dos, buscan la cartera a juego. Vuelven a cruzar las cabezas y a besar al aire, al vacío. «Adiós, mona, mañana a primera hora estaré aquí. ¿De veras que no quieres que me quede contigo?» «De veras, Valen, gracias por todo —se vuelve a Vicente—: ¿Y Encarna?»

Vicente carraspea. Los duelos no son su elemento. Se encuentra desplazado:

—Se durmió —dice—. Al fin terminó por dormirse. Luis dice que no despertará hasta mañana. Estaba imposible. Nunca he visto una cosa igual.

Mario mira a uno y a otra como si hablaran un idioma extraño y la traducción le resultase demasiado penosa. Al darle la mano, Valentina dice:

—Tienes cara de cansancio, Mario. Debes acostarte.

Mario no responde. Lo hace Carmen por él:

—Ahora se acostará —dice—. Ya están todos acostados.

—¿Y papá?

—Yo voy a quedarme con él.

Al fin marchan Valentina y Vicente y durante un buen rato se oyen los cautos tacones de Valentina descendiendo las escaleras y el adormecedor murmullo de la voz de Vicente. Carmen se encara con su hijo y le muestra el libro:

—Mario —dice—, acuéstate, te lo suplico. Quiero quedarme a solas con tu padre. Es la última vez.

Mario vacila.

—Como quieras —dice—, pero si necesitas algo, avísame; yo no podré dormirme.

Espontáneamente se inclina y besa francamente la mejilla derecha de Carmen. Ella siente una tibia, súbita humedad en los vértices de los ojos. Levanta los brazos y durante unos segundos le oprime contra sí. Al cabo dice:

—Hasta mañana, Mario.

Mario se va pasillo adelante. Tiene unos andares extraños, entre cansinos y atléticos, como si le costase dominar su propia fuerza. Carmen se vuelve y entra en el despacho. Vacía los ceniceros en la papelera y la saca al pasillo. Con todo, huele a colillas allí, pero no le importa. Cierra la puerta y se sienta en la descalzadora. Ha apagado todas las luces menos la lámpara de pie que inunda de luz el libro que ella acaba de abrir sobre su regazo y cuyo radio alcanza hasta los pies del cadáver.